

# TODOS SOMOS ROCA

29 de Junio de 2014

## Evangelio según MATEO 16, 13-19

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

—Quién dice la gente que es el Hombre?

Contestaron ellos:

—Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

Él les preguntó:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió:

—¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre del cielo.

Ahora te digo yo:

—Tú eres Piedra, y sobre esa roca voy a edificar mi comunidad y el poder de la muerte no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; así, lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

✠ ✠

Los cristianos hemos olvidado con demasiada frecuencia que la fe no consiste en creer algo, sino en creer en Alguien. No se trata de adherimos fielmente a un credo, y mucho menos de aceptar ciegamente «*un conjunto extraño de doctrinas*», sino de encontramos con Alguien vivo que da sentido radical a nuestra existencia.

Lo verdaderamente decisivo es encontrarse con la persona de Jesucristo y descubrir, por experiencia personal, que es el único que puede responder de manera plena a nuestras preguntas más decisivas, nuestros anhelos más profundos y nuestras necesidades

últimas.

El hombre de hoy, escarmentado de dogmas e ideologías, quizá está dispuesto todavía a creer en personas que le ayuden a vivir dando un sentido nuevo a su existencia. Por eso ha podido decir el teólogo Karl Lehmann que «*el hombre moderno solo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesucristo*».



Antes que nada, los creyentes hemos de reavivar nuestra adhesión profunda a la persona de Jesucristo. Solo cuando vivamos «*seducidos*» por él y trabajados por la fuerza generadora de su persona podremos contagiar también hoy su espíritu y su visión de la vida. De lo contrario proclamaremos con los labios doctrinas sublimes, pero seguiremos viviendo una fe mediocre y poco convincente.

Los cristianos hemos de responder con sinceridad a esa pregunta interpelante de Jesús: «*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*». Ibn Arabí escribió que «*aquel que ha quedado atrapado por esa enfermedad que se llama Jesús no puede ya curarse*».

**Nosotros.** Y también nosotros somos roca, porque participamos de la misma tarea y misión que Pedro y Pablo y los apóstoles. No es una casualidad, sino un signo de la providencia, que sea precisamente Pedro, que tuvo el honor de escuchar del Señor que era Pedro, piedra, sobre la que edificar su Iglesia, quien escriba una preciosa carta en la que nos designa a todos los cristianos piedras del edificio de la Iglesia que es Cristo. Sabemos que la Iglesia está bien asentada sobre el cimiento de los apóstoles y de la roca que es Cristo, y estamos dispuestos a trabajar con todo empeño por ella. Que nada, ni nadie, nos aparte del amor de Cristo y de su Iglesia.



### LA VOZ A TI DEBIDA

Si, por detrás de las gentes  
te busco.  
No en tu nombre, si lo dicen,  
no en tu imagen, si la pintan.  
Detrás, detrás, más allá.  
Por detrás de ti, te busco.  
No en tu espejo, no en tu letra,  
ni en tu alma.  
Detrás, más allá.  
También detrás, más atrás,  
de mí te busco.  
No eres  
lo que yo siento de ti.  
No eres  
lo que me está palpitando  
con sangre mía en las venas,  
sin ser yo.  
Detrás, más allá te busco.

*Pedro Salinas*

Desgraciadamente, hay muchos que se toman en serio la prensa o la radio o la tele, y se lo creen y se sienten ofendidos y se indignan. Lo malo es que también se lo toman en serio muchos creyentes. Y aún peor, que se dé pie a la especulación para fomentar ciertos tintes de fundamentalismo tanto entre los miembros de la Iglesia (obispos, curas, laicos) como entre los del Estado (gobernantes, políticos, partidarios de lo que sea). La Iglesia sólo necesita libertad para anunciar el Evangelio, y para ello cuenta con la ayuda de Dios, no con la de los gobernantes. Y para creer hace falta la gracia de Dios, no el favor de los poderosos. Porque la fe es un don divino, no un privilegio político.